

## Un país enemigo: Franco frente a Francia, 1939-1944

JUAN AVILÉS FARRÉ

«No cabe resurgimiento sin una fortaleza militar. No olvidemos que nuestra grandeza duele a poderosas naciones». Muy pocos oyentes dejarían de comprender que con estas palabras Franco aludía, en su mensaje de fin de año de 1939, a Francia y Gran Bretaña, las dos potencias que en la mitología de la extrema derecha eran las responsables de que España hubiera perdido su poderío internacional de antaño. Recuperarlo era para el caudillo vencedor en la guerra civil un objetivo digno de la elevada imagen que se había hecho de sí mismo y para ello la guerra europea, iniciada pocos meses antes, ofrecía una oportunidad. Pero a su vez Franco era consciente de que España no estaba en condiciones de enfrentarse a las dos potencias de Europa occidental e incluyó en su mensaje un llamamiento a que se pusiera fin al conflicto. No se abstuvo sin embargo de proclamar que la responsabilidad en provocarlo la habían tenido en gran parte «los especuladores internacionales, dueños y señores del régimen liberal y de la injusticia imperante en el mundo», retorcida expresión con la que sin duda aludía a las democracias capitalistas de Occidente <sup>1</sup>.

Este mensaje es una muestra de que, incluso en el período inicial de la guerra en que España fue efectivamente neutral, Franco no ocultaba su desfavorable opinión respecto a Gran Bretaña y Francia. Esta última, sobre todo, era vista con gran hostilidad por los vencedores de la guerra civil, en la que, a diferencia de Londres, París había apoyado a los vencidos <sup>2</sup>. Durante la visita que unos meses antes el influyente ministro Ramón Serrano Súñer había realizado a Italia, Ciano observó que la «bestia

---

<sup>1</sup> FRANCO BAHAMONDE, F. (1940), págs. 34 y 42-45.

<sup>2</sup> Cf. AVILÉS FARRÉ, J. (1994).

negra» de este era Francia, «la torpe e indecorosa Francia», a la que consideraba «la eterna enemiga de la España grande»<sup>3</sup>.

Tal opinión, que tenía tras de sí toda una interpretación del pasado español elaborada por Menéndez Pelayo y otros intelectuales de derechas, era compartida por muchos españoles en 1939<sup>4</sup>. En febrero de aquel año el capitán Vázquez Sans, un médico que anteriormente había escrito sobre temas como los lepidópteros de Cataluña o la organogenia del neumogástrico, pero que nunca había abordado cuestiones de política internacional, publicó en Barcelona un curioso librito que puede considerarse una de las muestras más representativas de la francofobia hispana. Según él la política francesa se había guiado desde el siglo XVI por el propósito de empequeñecer a España, mientras que el afrancesamiento de costumbres e ideas había contribuido desde el siglo XVIII a la decadencia de esta. Por tanto Francia era a la vez la potencia enemiga con la que secularmente España había tenido que enfrentarse y el foco de las peligrosas novedades que habían puesto en peligro las tradiciones españolas. Se trataba de un país de católicos tibios, desde Richelieu hasta Maritain, de estadistas alevosos, desde Francisco I hasta León Blum, y de falsos pensadores, como Rousseau, cuya doctrina del pacto social había causado al mundo más daño que la peste<sup>5</sup>.

Consciente de lo extendida que estaba la hostilidad hacia Francia en la España de Franco y de los peligros que ello implicaba para su seguridad, el gobierno de Daladier intentó en los últimos días de la guerra civil congraciarse con los vencedores, enviando como embajador al personaje que más grato podía resultarles, el anciano mariscal Philippe Pétain. A su inmenso prestigio de vencedor de Verdún, sumaba este una vieja relación con los militares españoles, que se remontaba a catorce años antes, cuando el mariscal contribuyó al acuerdo para la colaboración de ambos ejércitos en la guerra del Rif<sup>6</sup>. Su presentación de cartas credenciales, que tuvo lugar el 24 de marzo, estuvo precedida sin embargo por un significativo choque entre el prudente ministro de Asuntos Exteriores Francisco Jordana y el ministro del Interior Ramón Serrano Súñer. Deseaba este que se manifestara ante el embajador el repudio popular por las ofensas recibidas de Francia, mediante una monumental pitada por ejemplo, pero Jordana se opuso terminantemente. Optó entonces

<sup>3</sup> CIANO, G. (1946), págs. 146-147.

<sup>4</sup> Cf. EGIDO, A. (1994).

<sup>5</sup> VÁZQUEZ SANS, J. (1939), *passim*.

<sup>6</sup> SÉQUELA, M. (1992), págs. 11-18.

Serrano por un recibimiento glacial: prohibió el acceso a las calles por las que pasaría Pétain, en las que además las ventanas permanecieron cerradas <sup>7</sup>.

En cambio el nuevo embajador español José Félix de Lequerica tuvo en París con una acogida mucho más cordial, sobre todo en los ambientes de extrema derecha. Procedente de las filas monárquicas de Renovación Española, Lequerica se había identificado plenamente con el régimen de Franco y con el fascismo de Roma y Berlín. Muchos le tenían por un cínico y según cuenta en sus memorias Serrano Suñer, que le detestaba, él mismo resumía sus convicciones en una sola palabra: era «carguista»<sup>8</sup>. Lo cierto es que en París intimó pronto con varios destacados personajes de la política francesa, como Pierre Laval, quien desde el primer contacto le manifestó sus deseos de estrecho entendimiento entre ambos países. Esperaba Laval que en Francia se estableciera pronto un régimen de autoridad, que haría posible la formación de un bloque latino con España, Portugal e Italia y la emanciparía así del vasallaje a Inglaterra <sup>9</sup>.

Esta sugerencia de solidaridad latina sólo adquiriría posibilidades de traducirse en la práctica durante el régimen de Vichy. De momento la gran cuestión en las relaciones hispano-francesas era la aplicación del convenio firmado en Burgos el 25 de febrero por el general Jordana y el senador León Bérard, por el cual Francia reconoció al nuevo régimen español. No había conseguido Bérard que el gobierno español se comprometiera a la retirada de tropas extranjeras y a la neutralidad en un eventual conflicto, que pagara indemnizaciones por daños de guerra a súbditos franceses ni que asumiera los gastos ocasionados por los refugiados españoles en territorio francés. Por el contrario el gobierno francés se comprometió a facilitar por todos los medios a su alcance la restitución de todos los bienes del Estado español que habían pasado a Francia durante el éxodo republicano, incluido el oro del Banco de España depositado como garantía de un empréstito en Mont de Marsan, cuya titularidad se habían disputado ante los tribunales franceses el gobierno republicano y el de Franco, así como los bienes de aquellos particulares que no hubieran dado su consentimiento para que pasaran a Francia. Además el gobierno de París habría de adoptar las medidas necesarias para evitar en la proximidad de la

---

<sup>7</sup> SERRANO SUÑER, R. (1947), págs. 81-83.

<sup>8</sup> SERRANO SUÑER, R. (1977), pág. 36. Sobre la misión de Lequerica en París cf. AVILÉS FARRÉ, J. (1989 a).

<sup>9</sup> Ministerio de Asuntos Exteriores (MAE), Madrid, R 833/7, Lequerica, 28/3/1939.

frontera eventuales acciones de los refugiados españoles <sup>10</sup>, Pétain impresionado por el ambiente desfavorable que encontró, informó a París que sólo el pronto cumplimiento del convenio podría conducir a una mejora en las relaciones <sup>11</sup>. Por su parte Franco explicó en julio a Ciano que habría de tratar a Francia con miramientos hasta que ésta devolviera los bienes que le reclamaba, pero que tras ello intensificaría los trabajos de fortificación que ya había comenzado en la frontera pirenaica. Su intención era orientarse cada vez más netamente hacia el Eje Roma-Berlín, aunque no creía pudiera estar en condiciones de afrontar una guerra antes de cinco años <sup>12</sup>.

Se hallaban por entonces en territorio francés numerosos refugiados españoles, cuyo número ha sido estimado en 442.000 <sup>13</sup>. Franco no parecía ansioso de que volvieran, ya que unos meses atrás había declarado que podrían hacerlo cuando estuvieran «liberados del veneno de sus doctrinas y de sus inclinaciones actuales», lo que obviamente podía llevar bastante tiempo <sup>14</sup>. El gobierno francés deseaba en cambio su pronta partida: el 27 de marzo el ministro de Asuntos Exteriores Georges Bonnet amenazó a Lequerica con poner directamente en la frontera a quienes desearan regresar, si el gobierno español no se mostraba dispuesto a acogerlos voluntariamente <sup>15</sup>. Pero Jordana observó que este deseo francés podía constituir una baza española en las negociaciones entre ambos países, pues era posible graduar el ritmo de la repatriación de acuerdo con la medida en que se fuera cumpliendo lo pactado en Burgos. Jordana no deseaba que los refugiados, a los que consideraba en su mayoría indeseables, regresaran en un momento en que ya había en España 400.000 excombatientes republicanos a los que asimilar, se habían incoado millones de expedientes de depuración y existían problemas de abastecimiento alimenticio; pero había asegurado verbalmente a Bérard que España los readmitiría <sup>16</sup>.

En un ambiente internacional extremadamente tenso y en medio de rumores acerca de supuestos proyectos ofensivos españoles, que Pétain se esforzaba en desmentir, no todos los dirigentes franceses eran partidarios

<sup>10</sup> AVILÉS FARRÉ, J. (1994), págs. 186-189.

<sup>11</sup> *Documents diplomatiques français* (DDF) XV 34, Pétain 17/3/1939. Sobre la misión de Pétain en España cf. LOTTMAN, H.R. (1984), págs. 214-22 y SÉGUELA, M. (1992), págs. 32-45.

<sup>12</sup> CIANO (1949), págs. 236-237.

<sup>13</sup> RUBIO, J. (1977), págs. 109 y 124.

<sup>14</sup> FRANCO BAHAMONDE, F. (1939), págs. 308-309.

<sup>15</sup> MAE, Madrid, R 2295/1, Lequerica 28j3/1939.

<sup>16</sup> MAE, Madrid, R 833/7, Jordana 3/4/1939; R 1065/20, «Assurances verbales données par le general Jordana sur le probleme des réfugiés», 19/2/39.

de cumplir lo pactado. El ministro de comercio Pomaret consideraba qué sería una imprudencia devolver material de guerra a España, que del oro de Mont de Marsan se debería restar lo necesario para pagar los gastos ocasionados por los refugiados y que Pétain habría de ser sustituido por un embajador más hábil <sup>17</sup>. También se oponía a devolver material bélico el general Gamelin, quien estaba convencido de que España atacaría a Francia en caso de que estallara la guerra europea <sup>18</sup>. Pero la percepción del peligro español podía llevar también a defender una política de acercamiento a Franco, como lo hacía el residente general en Rabat, general Noguès, al que preocupaba el hecho de que, incluso si España se declaraba neutral al comienzo de un conflicto europeo, su actitud obligaría a inmobilizar fuerzas importantes para guarnecer la frontera con el Marruecos español <sup>19</sup>.

Ante las dilaciones francesas en cumplir lo pactado, Jordana se indignó: «esa gente nos está toreando con su clásico estilo rufianesco». Dió instrucciones a Lequerica para que apremiara y amenazara incluso con retirarse, dejando en París un encargado de negocios, pero no se llegó a ello, porque desde mediados de mayo el gobierno francés adoptó una actitud más positiva, después de que Bonnet lograra convencer al presidente Daladier de la necesidad de asegurar la neutralidad española <sup>20</sup>. Sin embargo, a comienzos de junio Jordana estimaba que de los siete apartados del convenio Francia sólo había cumplido uno enteramente, la devolución de la flota, y otro de manera burda e incompleta, la devolución del material de guerra, por lo que ordenó a Lequerica que se mantuviera firmísimo e insinuara que eran momentos críticos en los que una política equivocada de Francia e Inglaterra podría empujar a España en un sentido poco favorable hacia ellas <sup>21</sup>.

El problema principal, que era el de la devolución del oro de Mont de Marsan, quedó resuelto en julio, tras una sentencia judicial favorable. Con ello Bonnet creyó llegado el momento de abordar las cuestiones que más interesaban a Francia, como el relanzamiento de las relaciones económicas y la aceleración del retorno de los refugiados, de los que a mediados de junio permanecían en Francia unos 260.000. Efectivamente, el gobierno español se mostró entonces dispuesto a repatriar a buen ritmo incluso

---

<sup>17</sup> MAE, Madrid, R 2295/11, Lequerica 10/4/1939 y 14/4/1939. DDF XV 390, 451, 471 y 506.

<sup>18</sup> Citado por MARTINEZ PARRILLA, J. (1987), pág. 369.

<sup>19</sup> DDF XV 492, Noguès 26/4/1939.

<sup>20</sup> MAE, Madrid, R 833/7, Jordana 1/5/1939; R 2295/1, Lequerica 10/5/1939.

<sup>21</sup> MAE, Madrid, R 833/7, Jordana 12/6/1939.

a los excombatientes, de tal manera que Pétain empezó a temer que el principal obstáculo fuera en adelante la falta de voluntad de estos de regresar a su patria, donde se exponían a verdaderas venganzas, a pesar de lo cual era partidario de que se hiciera optar a los que permanecían en los campos de concentración franceses entre la repatriación y la incorporación a batallones de trabajo <sup>22</sup>.

La mejora de las relaciones se tradujo en que el 2 de agosto Franco concedió audiencia al embajador, que no había logrado entrevistarse con él desde la protocolaria presentación de credenciales cuatro meses antes. La entrevista no resultó sin embargo del todo grata para Pétain. No le satisfizo la explicación de que los trabajos de fortificación emprendidos en los Pirineos eran puramente defensivos y le chocó la altanería de Franco, que al despedirse no le acompañó hasta la puerta <sup>23</sup>. El tono de los discursos oficiales y el hecho de que las supuestas aspiraciones españolas respecto a Gibraltar y Tánger no fueran desmentidas, preocupaban incluso a aquellos políticos franceses que eran favorables al entendimiento con el régimen español. Algunos de ellos, como el ex ministro y futuro embajador en Madrid François Piétri, plantearon directamente la cuestión a Lequerica, quien les hizo notar que, en la eventualidad de una guerra europea, España no se mantendría en la pasividad de 1914, sino que pediría «aquello a que tuviera derecho y le correspondiera por su historia y sus medios actuales» <sup>24</sup>.

Pétain creía que España se vería forzada a la neutralidad tanto por el agotamiento del país a consecuencia de la guerra, como por su profunda división, pues subsistía todo el odio entre vencedores y vencidos y además falangistas y requetés no tenían nada en común; pero, debido a las inquietantes noticias que le proporcionaban los agregados militar y aéreo, no excluía que, bajo la presión del Eje y ante ciertas promesas respecto a Gibraltar y Tánger, adoptara una neutralidad benévola hacia Italia y Alemania, o incluso interviniera a su lado si la balanza se inclinaba a su favor <sup>25</sup>. Por su parte el almirante Darlan, comandante en jefe de la marina y futuro jefe de gobierno de Vichy, opinaba que una intervención española abierta, que permitiría a Francia contraatacar en Marruecos, sería preferible a una neutralidad malévola <sup>26</sup>.

<sup>22</sup> DDF XVI 372 y 418; XVII 259 y 349.

<sup>23</sup> DDF XVII 415.

<sup>24</sup> MAE, Madrid, R 833/7, Lequerica 22/4/1939.

<sup>25</sup> DDF XVII 222 y 317, Pétain 17/7/1939 y 26/7/1939.

<sup>26</sup> Citado por MARTINEZ PARRILLA, J. (1987), pág. 377.

En realidad Franco no preveía entrar en guerra con el vecino país, pero quería mantener movilizadas fuerzas suficientes, no sólo para evitar eventuales imposiciones francobritánicas, sino para conseguir provecho de las circunstancias. Ello suponía, como le dijo el propio caudillo al embajador italiano, que Francia nunca podría sentirse tranquila respecto a España <sup>27</sup>. Por otra parte sentía un elevado respeto por el poderío militar francés, que los informes del agregado militar en París tendían a confirmar. Según el teniente coronel Barroso, el ejército francés era un adversario peligroso, capaz de forzar al Eje a una guerra larga que sería fatal para éste por su escasez de recursos, mientras que España carecía tanto de un ejército que estuviera a la altura requerida como de las materias primas indispensables en la eventualidad de un conflicto <sup>28</sup>.

Deseoso de evitar que la guerra europea estallara antes de que España estuviera en condiciones de beneficiarse de ella, Franco quiso actuar de mediador en vísperas de la invasión alemana de Polonia. Era un papel que el sector del gobierno francés partidario de continuar la política de apaciguamiento deseaba que el dictador español jugara. Sin embargo, cuando el 30 de agosto el ministro Bonnet solicitó a través de Lequerica su mediación, el prudente caudillo optó por consultar previamente con Mussolini, que se opuso <sup>29</sup>.

Invasida ya Polonia, el embajador español en París colaboró en otra gestión para evitar que el conflicto se extendiera a Occidente. La propuesta, que partió de Piétri y contó con la aprobación de Bonnet, preveía un armisticio en el frente polaco que no implicaría la retirada de las tropas alemanas. Lequerica la trasmitió al embajador italiano, pero la maniobra se vió truncada por el ultimátum británico y francés. Sin embargo aún después de que estallara la guerra conservó el embajador alguna esperanza de que las hostilidades cesaran rápidamente. Creía que se trataba de un «trágico y enorme embrollo», del que eran responsables «el furor ideológico» que hacía de la guerra una «cruzada masónica» por parte de los aliados, y «quizás ciertas precipitaciones» por parte de Hitler. Bonnet, con quien se entrevistó el 8 de septiembre, coincidió con él en cuanto a las consecuencias «literalmente catastróficas» del conflicto y en la conveniencia de una mediación. Más tarde Lequerica planteó al propio presidente Daladier, el 2 de octubre, la tesis de que una guerra larga ofrecía

---

<sup>27</sup> TUSELL, J. Y GARCIA QUEIPO DE LLANO, G. (1985), pág. 37.

<sup>28</sup> MAE, Madrid, R 833/7, Barroso 17/7/1939. Cf. PRESTON, P. (1993), pág. 341.

<sup>29</sup> MAE, Madrid, R 1460/3, Franco, 30/8/1939. Cf. TUSELL, J. Y GARCIA QUEIPO DE LLANO, G. (1985), pág. 48.

una baza decisiva para el triunfo del comunismo, y le sugirió que los países católicos podrían buscar una fórmula «decorosa» para Polonia, cuya reconstitución completa era imposible <sup>30</sup>. Debe recordarse que esta propuesta de paz blanca coincidía con los que eran entonces los deseos de Hitler, expuestos por este en el «discurso de la paz» del 6 de octubre.

Durante los meses iniciales de la guerra, la diplomacia española presionó repetidamente a Francia para que limitara las posibilidades de actuación de los refugiados republicanos. Ya el 30 de agosto el nuevo ministro español de Asuntos Exteriores Juan Beigbeder protestó ante Pétain por las actividades de los dirigentes exiliados. Denunció el apoyo que el ministro del Interior Albert Sarraut daba a Indalecio Prieto, argumentó que los fondos de las asociaciones republicanas de ayuda a los refugiados JARE Y SERE se hallaban entre los bienes restituibles según el convenio Jordana-Bérard, porque provenían del expolio de sus legítimos propietarios, y pidió que se alejara al norte del Loira a todos los españoles hostiles al régimen <sup>31</sup>.

En enero de 1940 se firmó un acuerdo comercial entre ambos países, que el gobierno francés venía tratando de conseguir desde muchos meses atrás. Pero Lequerica procuró evitar que ello pudiera entenderse como una prueba de que se habían satisfecho las reclamaciones españolas, ya que en su opinión no podría haber sinceridad ni cordialidad de relaciones mientras los republicanos españoles mantuvieran su libertad de acción en Francia. Al embajador le preocupaba en particular el apoyo francés a los nacionalistas vascos y catalanes, del cual deducía que Francia trataba de debilitar a España mediante el fomento del separatismo. Y después de que en el mes de marzo Paul Reynaud reemplazara a Daladier a la cabeza del gobierno, observó que «los rojos y separatistas españoles» recibían un trato aún más favorable por parte del nuevo ministro del Interior Roy, que trataba de apoyar a los dirigentes moderados del exilio. Para entonces, la masa de los refugiados ya no era considerada como un estorbo para Francia: dada la escasez de mano de obra originada por la movilización, el ministro de trabajo Pomaret podía felicitarse ante Lequerica de que hubiera 150.000 españoles empleados en las fábricas y los campos <sup>32</sup>.

<sup>30</sup> MAE, Madrid, R 833/7, Lequerica 6/9/1939 y 8/9/1939; R 2295/2, Lequerica 2/10/1939.

<sup>31</sup> MAE, Madrid R 833/7, «Apunte sobre asuntos para comunicar al Sr. Embajador de Francia, 29/8/1939. DDF XIX 291, Pétain 31/8/1939.

<sup>32</sup> MAE, Madrid, R 2295/3, Lequerica 16/1/1940; R 2295/2, Lequerica 9/11/1939 y 23/11/1939; R 2295/4, Lequerica 17/4/1940 y 24/4/1940.

El 18 de mayo, en plena ofensiva alemana, Reynaud realizó un reajuste ministerial que llevó a la vicepresidencia del gobierno al mariscal Pétain. Un día después el ministro Jean Ibanegaray solicitó oficialmente a Lequerica que se le autorizara viajar inmediatamente a España, para solicitar que el gobierno de Madrid actuara como intermediario entre París y Roma. A pesar de que dos personalidades francesas le habían sugerido días antes que si España contribuía a evitar la entrada en guerra de Italia, desempeñaría un gran papel político, alejaría la guerra en su vecindad y obtendría ventajas concretas, Lequerica interpretó que la gestión suponía pedir a Italia que no aprovechara un momento crítico para Francia y Gran Bretaña, pasado el cual estas podrían aplastar a Alemania. Beigbeder se mostró moderadamente favorable a recibir a Ybanegaray, aunque comunicándoselo a Italia, pero finalmente la respuesta fue negativa<sup>33</sup>. Ante el éxito de los ejércitos alemanes, se abrían para el gobierno español perspectivas más atractivas que prestar servicios a Francia. Al poco de capitular Bélgica, Lequerica le espetó a un diputado francés amigo suyo: «No olvide usted que si, según el proverbio francés, el apetito viene comiendo, también puede presentarse cuando se ve comer a los demás»<sup>34</sup>.

En los días en que se produjo el hundimiento de Francia, los informes del embajador español rebosaban antisemitismo. En su opinión Reynaud y Mandel representaban al «clan belicista y judío inglés», que no quería en modo alguno la paz. Temía que llegaran a desencadenar, «en unión de la judería americana», una contienda de continente a continente y con ello «hecatombes gratas al genio catastrófico de las gentes del pueblo elegido»<sup>35</sup>. Cabía en realidad que el gobierno francés continuara la lucha incluso después de que cayera el territorio metropolitano, valiéndose de las colonias y de la flota, pero a ello se opuso un importante número de dirigentes políticos y militares franceses, con quienes colaboró estrechamente Lequerica, que tenía buenas relaciones con varios de ellos. Pétain en particular le había explicado días antes sus puntos de vista con una sinceridad que resulta sorprendente, ya que no podía ignorar la posibilidad de que a través de Madrid sus palabras llegaran a oídos alemanes, como en efecto ocurrió<sup>36</sup>.

El embajador español jugó un papel importante en la gestación del armisticio. En la noche del día 16 de junio, nada más constituirse el gobierno

---

<sup>33</sup> *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco (DIHGF), II-1*, págs. 188-192.

<sup>34</sup> MAE, Madrid, R 2295, Lequerica 29/5/1940.

<sup>35</sup> MAE, Madrid R 2295/4, Lequerica 5/6/1940 y 12/6/1940.

<sup>36</sup> FERRO, M. (1987), págs. 51-52.

Pétain, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores Paul Baudouin le solicitó que el gobierno español transmitiera urgentemente al alemán una petición de cese el fuego y le informara de las condiciones de paz de los alemanes. Y fue también el gobierno español el encargado de transmitir una petición de armisticio al italiano, en vez del Vaticano como había sido la intención inicial francesa. Ello para Lequerica era una prueba de «la disminución de la autoridad de la Santa Sede en el orden internacional por comparación con la de España y su Excelencia el Jefe del Estado», lo que atribuía a que su actitud antitotalitaria había restado imparcialidad al Vaticano <sup>37</sup>. Por lo demás no cabe tampoco exagerar la importancia de la mediación española, como a veces se ha hecho: Hitler aceptó la propuesta porque implicaba neutralizar, de cara a la guerra con Gran Bretaña, el poderío naval y colonial francés, y frente a ello el hecho de que la mediación corriera a cargo de España y no del Vaticano, Suiza o los Estados Unidos resultaba muy secundario.

En los escasos días que trascurrieron hasta la firma del armisticio, que tuvo lugar el 22 de junio, Lequerica hizo todo lo posible por evitar que continuara la resistencia francesa. El día 20 ante los rumores de que el gobierno iba abandonar Burdeos convenció al nuncio y al embajador de Rumania para realizar una gestión conjunta ante Pétain, a quien trataron de tranquilizar respecto al retraso de la respuesta alemana y rogaron que esperara los acontecimientos. El mariscal pidió a su vez a Lequerica que transmitiera a los alemanes la petición de que mantuvieran una zona de Francia no ocupada, para que en ella pudiera ejercer libremente su autoridad el gobierno francés. El embajador tenía una buena opinión de Pétain y sus ministros, de quienes esperaba que adoptarían una orientación política similar a la de los vencedores, al tiempo que representaban un poder libre y auténtico con el que hacer la paz sería mucho más beneficioso para Alemania e Italia que con un gobierno de quintacolumnistas. Comentó sin embargo que resultaría difícil conciliar la benevolencia necesaria para que se consolidara esa orientación francesa, que era la conveniente para Europa, con la revisión territorial que habría de poner fin a la injusta distribución colonial que Francia e Inglaterra habían impuesto en su favor <sup>38</sup>.

Esta observación de Lequerica respondía al dilema con que se encontró la política española respecto a Francia después de la derrota de ésta. Una línea posible, que habría sido la deseada por el régimen de Vichy, era

<sup>37</sup> MAE, Madrid, R 1065/10, Lequerica 17/6/1940; 2295/4, Lequerica 18/6/1940 y 23/6/1940. Cf. SEQUELA, M. (1992), págs. 51-54.

<sup>38</sup> MAE, Madrid, R 2295/4, Lequerica 24/6/1940.

la de un entendimiento mutuo que reforzara la posición de Francia frente a la victoriosa Alemania y limitara la hegemonía europea de ésta. Otra consistía en aprovechar la derrota de Francia para ampliar a su costa las posesiones españolas en África. Franco optó por la segunda, que implicaba un acercamiento a Alemania. Serrano Súñer cuenta en uno de sus libros que, cuando en septiembre de 1940 se detuvo en París camino de Berlín, aconsejó a Lequerica que no sacrificara a su presunta tutela de Vichy los intereses más positivos de una frecuente comunicación con los alemanes, cuyas actitudes respecto a Francia les interesaba conocer, y malévola-mente añade que Lequerica cumplió con tal celo el encargo que pronto fue tenido por los alemanes como el amigo modelo <sup>39</sup>. No prestó en cambio el embajador excesiva atención a los argumentos en favor de la unión latina que le exponían Pierre Laval y otros dignatarios de Vichy. Lequerica estaba convencido de que España era un «pueblo insatisfecho», frustrado en «su natural ambición en el Estrecho y todo el norte de África», y si no se le satisfacía en tales ambiciones, no estaba dispuesto a perderse «en fraternidades, más o menos raciales» <sup>40</sup>.

El primer paso en África lo dio Franco el 14 de junio, cuatro días después de que Italia declarara la guerra a Francia. Con el pretexto de que las otras dos potencias que aseguraban la administración internacional de Tánger habían entrado en guerra entre sí, España asumió temporalmente en exclusiva el control de la ciudad, con el previo consentimiento del gobierno francés. Y el 16 de junio, es decir el día en que Francia solicitó el armisticio, el general Juan Vigón, enviado por Franco, planteó a Hitler las reivindicaciones españolas en África. La posición española era que, si la derrota de Francia tenía «la natural consecuencia de una justa redistribución de territorios africanos», España reivindicaría el protectorado de todo Marruecos, una parte de Argelia (la región de Orán) y la ampliación de sus territorios en el Sahara y en Guinea Ecuatorial. Ni Hitler ni su ministro de Asuntos Exteriores Ribbentrop dieron una respuesta precisa ante tales aspiraciones <sup>41</sup>.

Hubo por aquellos días un proyecto de intervenir militarmente en el Marruecos francés, con el pretexto de hacer frente a posibles agitaciones

---

<sup>39</sup> SERRANO SÚÑER, R. (1947), pág. 167.

<sup>40</sup> MAE, Madrid, R 2295/3, Lequerica 10/2/1940 y 6/3/1940.

<sup>41</sup> TUSSEL, J. Y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G. (1985), págs. 84-85. Un historiador ha sostenido que la desmesura de estas reivindicaciones territoriales tenía el propósito de que fueran rechazadas por Italia y Alemania y evitar así la entrada en guerra, pero, a pesar de haber tenido la posibilidad de consultar el archivo de Franco, no aporta prueba documental alguna que apoye tan peculiar interpretación: SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1984), págs. 122-123.

que allí se produjeran y de evitar la posible intromisión de Gran Bretaña. El 25 de junio Lequerica expuso al ministro francés de Asuntos Exteriores Paul Baudouin el propósito español de intervenir militarmente si los acontecimientos en la zona francesa implicaban un peligro para la española, al tiempo que le planteaba la necesidad de rectificaciones fronterizas que satisficieran los legítimos derechos de España <sup>42</sup>. Todo indica que el deseo de Franco habría sido ocupar el Marruecos francés como se había ocupado Tánger: sin disparar un tiro. Ello habría sido factible si, como consecuencia del armisticio, hubieran sido desarmadas las tropas francesas del Africa del Norte. De hecho el gobierno español transmitió al italiano un ruego francés de que tales tropas no fueran desmovilizadas, pero al hacerlo especificó que por su parte no veía inconveniente en que sí lo fueran en el caso de Marruecos, donde la propia España estaba dispuesta a «intervenir con su ejército, a fin de garantizar el orden y la neutralidad.» La desmovilización no se produjo, pero a comienzos de julio el ministro Beigbeder, temeroso de que se perdiera la oportunidad, sugirió a Franco que se buscara el apoyo de Alemania para plantear a Francia un ultimatum que llevara la frontera en el Marruecos central hasta el río Ouarga, en el territorio de los Beni Zerual (lo que habría supuesto una rectificación muy limitada) <sup>43</sup>. Sin embargo poco después la actuación militar quedó descartada, al menos por el momento: el 25 de julio Beigbeder explicó al Alto Comisario español en Marruecos que se había optado por esperar a que se produjera la descomposición de la zona francesa y a comprobar cual era el resultado del ataque alemán contra Inglaterra, del que dependería la línea a seguir <sup>44</sup>.

En los meses sucesivos el tema de las rectificaciones fronterizas en Marruecos fue abordado bilateralmente por los gobiernos de Francia y España. Pero para este último la esperanza fundamental siguió siendo lograr el apoyo alemán a sus reivindicaciones africanas, que fue planteado como objetivo fundamental de su entrada en guerra. A mediados de septiembre de 1940, Serrano Suñer expuso a Hitler y Ribbentrop las aspiraciones españolas, pero su actitud ante ellas le decepcionó profundamente. «Los alemanes no querían soltar prenda —comentó más tarde— ya fuera por sus compromisos con Pétain o por sus propias ambiciones africanas» <sup>45</sup>.

<sup>42</sup> *DIHGF*, II-1, págs. 219-220.

<sup>43</sup> Documentos del Archivo Francisco Franco (AFF), citados por SUAREZ FERNANDEZ, L. (1984), págs. 136-7 y 156.

<sup>44</sup> *DIHGF*, II-1, págs. 273-275.

<sup>45</sup> SERRANO SUÑERZ, R. (1947), pág. 170. Cf. TUSELL, J. Y GARCIA QUEIPO DE LLANO, G. (1985), págs. 103-105.

Cuando poco después Serrano visitó Italia, Ciano quedó sorprendido por las coloridas invectivas de éste contra los alemanes y anotó que, aunque estos habían dado prueba de falta de tacto, los españoles llevaban años pidiendo mucho sin dar nada a cambio <sup>46</sup>. Este punto es esencial: era dudoso que incluso la intervención española en la guerra contra Gran Bretaña valiera el precio pedido por Franco. Desde el punto de vista del Eje, las posesiones de Francia en el norte de Africa, respetadas en el armisticio, planteaba un doble peligro: que los británicos, que no habían dudado en atacar a la flota francesa en Mers el Kébir el 3 de julio, se apoderaran de ellas, y que las propias autoridades locales francesas se decantaran por De Gaulle, como había ocurrido en el Chad y el Camerún el 27 de agosto <sup>47</sup>. Cuando Hitler se reunió con Mussolini el 4 de octubre además de aludir a la escasa utilidad militar que pudiera tener la entrada de España en la guerra, le expresó su temor de que las autoridades coloniales francesas renunciaran a defender su imperio o incluso rompieran con Vichy si sabían que parte del mismo iba a ser entregado a España. Ante lo cual el *duce*, que también tenía aspiraciones respecto a las posesiones francesas del norte de Africa, se mostró partidario de esperar al fin de la guerra antes de concretar el destino de Marruecos <sup>48</sup>.

Por su parte el gobierno de Vichy precisó en septiembre las concesiones que estaba dispuesto a hacer a España, que se reducían a los derechos franceses sobre Tánger, ya suspendidos de hecho, y al territorio de los Beni Zerual, que se hallaba en un sector de la frontera mal delimitado por el tratado de 1912 y había sido ocupado por Francia en 1925. Lequerica consideró que la oferta era mínima y que la actitud francesa ante las reivindicaciones marroquíes de España seguía siendo el principal obstáculo a la amistad entre ambos países, que Vichy buscaba como baza frente a Alemania. El 15 de octubre Beigbeder, en vísperas de ser reemplazado por Serrano Suárez, comunicó al embajador francés George Renom de La Baume que la negociación sobre el tema quedaba de momento suspendida <sup>49</sup>. Y a primeros de noviembre el nuevo ministro español de Asuntos Exteriores le explicó al embajador que una negociación con Francia sobre Marruecos, sin la participación de Alemania, resultaba imposible para España <sup>50</sup>.

---

<sup>46</sup> CIANO, G. (1946), pág. 347.

<sup>47</sup> LAVISSE-TOUZE, CH. (1994), págs. 10-11.

<sup>48</sup> CIANO, G. (1949).

<sup>49</sup> MAE, Madrid, R 2295/5, Lequerica 30/9/1940. Cf. SÉGUÉLA (1992), págs. 98-99.

<sup>50</sup> SÉGUÉLA, M. (1992), pág. 114.

Entre tanto, el 23 de octubre Franco y Hitler se habían encontrado por primera vez, en la localidad francesa de Hendaya. En la entrevista, sobre la que posteriormente se ha especulado mucho, la cuestión de las ganancias a expensas de Francia que España iba a obtener de su entrada en guerra jugó un papel fundamental. El *führer* explicó, para decepción del caudillo, que deseaba contar con la colaboración de Francia, que facilitaría la victoria final, aunque ello significara que las ganancias territoriales fueran menores. La réplica de Franco acerca de los derechos históricos de España en África no hizo más que irritar a Hitler, quien había comentado a Ribbentrop que no podía hacer a los españoles promesas en firme sobre territorio francés porque, con esos latinos tan charlatanes, estaba seguro de que los franceses acabarían enterándose. A su vez a Franco le pareció indignante que los alemanes pretendieran que entrara en guerra a cambio de casi nada, pero a pesar de ello suscribió aquella misma noche un protocolo en que se comprometía a hacerlo, aunque no en fecha precisa <sup>51</sup>. Al día siguiente se produjo la entrevista de Montoire entre Hitler y Pétain y tras ella se impuso en Francia la línea colaboracionista auspiciada por Pierre Laval, quien sustituyó a Paul Baudouin en Asuntos Exteriores.

Franco no renunció sin embargo a convencer a Hitler y el 30 de octubre le escribió una carta, dada a conocer por Serrano Súñer años después, que nos permite conocer cual era su posición respecto a Francia en aquel momento. Admitía el caudillo que, como Hitler le había expuesto en Hendaya, fuera necesario para acelerar la victoria llegar a una inteligencia con Francia y eliminar así los peligros resultantes de la dudosa fidelidad del ejército francés de África al mariscal Petain, «fidelidad que con toda certeza desaparecería si de cualquier modo fuera conocido que existía un compromiso o promesa de cesión de aquellos territorios». Debido a ello no figuraban en el pacto hispano-alemán las aspiraciones territoriales españolas. Pero, con arreglo a lo convenido, Franco reiteraba ahora por escrito «las legítimas y naturales aspiraciones de España» sobre territorios norteafricanos que habían sido hasta entonces de Francia, pero que correspondían a España por un derecho natural, derivado de que era el país europeo más próximo, con mayores afinidades geográficas y con mayores razones históricas. Su ocupación por Francia

---

<sup>51</sup> Una buena síntesis de las fuentes disponibles sobre la entrevista de Hendaya se encuentra en PRESTON, P. (1993), págs. 393-400. Un historiador al que se concedió el privilegio de consultar el Archivo Francisco Franco sostiene que el protocolo entonces suscrito ha desaparecido y sorprendentemente añade que en dicha desaparición no hay nada anormal: SUÁREZ FERNÁNDEZ, L. (1984), pág. 197.

había sido una intromisión, «favorecida por un ambiente mundial democrático y plutocrático». Hitler, que había sabido «levantar la ira y el orgullo del pueblo alemán contra los que le acorralaban y negaban el derecho a vivir», había de comprender el afán español de librarse de las renunciadas impuestas por Francia a los gobiernos liberales de Madrid en una época de injusticias, «que regaló el mundo entero a la codicia de dos o tres potencias más afortunadas y negó a España, como a Alemania y a Italia, toda posibilidad de expansión». Por ello, aunque aprobaba que el establecimiento de un orden nuevo estuviera presidido por una idea de justicia, Franco se negaba a admitir que «la justicia que se hiciera a Francia, país enemigo de siempre para Alemania como para España, fuese a expensas del derecho de España». Reiteraba pues, la aspiración de España al Oranesado y al Marruecos francés <sup>52</sup>.

En resumen: Franco deseaba entrar en guerra, pero no estaba dispuesto a hacerlo puramente por solidaridad con el Eje o por gratitud hacia el apoyo de Alemania e Italia en la guerra civil, sino de manera que España saliera beneficiada. Y como buen militar africanista entendía que ello implicaba un engrandecimiento territorial en África, a expensas de Francia, «país enemigo de siempre». Pero Hitler no quiso poner en peligro la colaboración francesa por asegurarse la intervención española, que habría permitido la fácil ocupación de Gibraltar pero habría implicado un contraataque de los británicos en Canarias y habría dificultado la defensa frente a éstos del África del Norte. Hitler explicó poco después a Mussolini que era conveniente para el Eje que Vichy conservara sus dominios en África del norte, cuya conquista en caso de pasaran a manos de De Gaulle exigiría una difícil operación. En vista de ello no se podían aceptar las desmesuradas reivindicaciones españolas sobre el Oranesado y el conjunto de Marruecos, al margen de la Cataluña francesa, a la que también había aludido Serrano Súñer. Con todo ello Mussolini se mostró de acuerdo <sup>53</sup>. Pero a su vez esa actitud del Eje hizo que Franco y Serrano Súñer perdieran interés por una entrada en guerra a la que además las crecientes dificultades alimenticias de España situaban en una perspectiva inquietante.

Hitler por su parte comenzó a perder la paciencia y el 19 de noviembre presionó seriamente a Serrano Súñer, que le visitó en Berchtesgaden, para un pronto ataque sobre Gibraltar. Ante ello el ministro español, además de

---

<sup>52</sup> SERRANO SÚÑER, R. (1977), pág. 304.

<sup>53</sup> CIANO, G. (1949), págs. 317-321.

requerir suministros de comida y armamento, insistió en que Alemania parecía estar sacrificando las reivindicaciones españolas en beneficio de Vichy. Ciano, que también acudió a Berchtesgaden, observó que en un almuerzo que tuvo con Ribbentrop y Serrano, éste se mostró muy crítico hacia los esfuerzos alemanes de acercamiento a Francia, empresa que el español consideraba muy difícil y para cuyo éxito no pensaba que Laval resultara adecuado <sup>54</sup>.

Entre tanto Laval había nombrado un nuevo embajador en España, François Piétri, que había sido ministro en el primer gobierno de Pétain. Lequerica informó a Madrid que Piétri había tenido una «actitud constantemente anti-inglesa y favorable al entendimiento con Alemania», había apoyado la causa nacional en la guerra civil española y se hallaba en íntimo desacuerdo con el régimen republicano desde tiempo atrás <sup>55</sup>. Por su parte el embajador ha explicado en sus memorias que el gobierno español se mostró reticente hacia él, en parte por su condición de prohombre de la III República, y que si obtuvo el placet fue por la insistencia de Lequerica. Serrano Suñer le planteó de entrada la necesidad de una revisión amigable de la cuestión marroquí, mientras que Franco, en la presentación de credenciales, lanzó una dura filípica contra Francia. Su afirmación de que sus años de embajador en Madrid fueron difíciles resulta del todo creíble <sup>56</sup>.

El establecimiento de un régimen autoritario en Francia había conducido a que el gobierno de Franco intentara que la dura represión que estaba ejerciendo en España recayera también sobre determinados dirigentes y militantes que habían huido al vecino país. Desde el primer momento el gobierno de Pétain se esforzó en evitar, a petición española, que numerosos dirigentes republicanos pudieran salir de Francia, pero en cambio las peticiones de extradición presentadas por el gobierno español obtuvieron muy poco éxito, por el doble motivo de que su fundamento jurídico era escaso y de que el régimen de Vichy se atuvo estrictamente al convenio de extradición firmado por los dos países en 1877. De acuerdo con éste, 47 peticiones españolas, que afectaban a figuras como Francisco Largo Caballero, Manuel Portela Valladares, Federica Montseny, Mariano Ansó, Josep Tarradellas o Eduardo Ragasol, fueron sometidas a los tribunales franceses pero, a pesar de la insistencia de Serrano Suñer, pocas de ellas se concedieron. Ello fue en parte mérito del ministro de Justicia Joseph Barthélemy, quien aseguraba a Lequerica que las agilizaría pero de hecho

<sup>54</sup> PRESTON, P. (1993), págs. 406-407. CIANO, G. (1948), pág. 360.

<sup>55</sup> MAE, Madrid, R 2295/5, Lequerica 7/10/1940

<sup>56</sup> PIETRI, F. (1954), págs. 83-87.

procuraba que se respetaran las garantías previstas en el convenio. Hubo once extradiciones por delitos menores y de derecho común pero sólo una de carácter político, la del dirigente militar anarcosindicalista Cipriano Mera, que fue entregado el 20 de febrero de 1942 y condenado a muerte en España, aunque más tarde logró escapar. El régimen de Vichy no fue en cambio responsable en los tristemente célebres casos de Zugazagoitia, Cruz Salido y Companys, entregados por las autoridades alemanas de ocupación y fusilados en el otoño de 1940. Luego, a partir de 1943, bastantes refugiados españoles fueron entregados por las autoridades francesas, no a Franco, sino a la Gestapo. El gobierno español no solicitó, en la etapa final de la guerra, nuevas entregas de refugiados <sup>57</sup>.

Desde muy pronto, Lequerica se había convertido en un observador privilegiado de cuanto acontecía en Vichy, por su intimidad con Pétain, Laval y otros dirigentes del nuevo régimen francés <sup>58</sup>. Su actitud inicial fue de innegable simpatía hacia la experiencia que se iniciaba, pero no estuvo exenta de dudas en cuanto a su futuro. Le llamó la atención la tranquilidad de la población, a pesar de la derrota sufrida, pero observó que en muchos sectores pervivía la esperanza en un triunfo anglosajón. Creía además que la gran mayoría del pueblo francés tenía un profundo apego al sistema democrático, lo que supondría un obstáculo para una revolución nacional, que carecía además de una escuela de pensamiento político propio en la que apoyarse. En su opinión Pétain y sus colaboradores podrían crear un estado autoritario correcto, pero no darle el ímpetu que tenían las revoluciones nacionales europeas (léase las de Mussolini, Hitler y Franco). Si acaso sería Laval quien, con su instinto popular, pudiera encabezar un movimiento de esa orientación <sup>59</sup>.

Le sorprendía además que algunos dirigentes de Vichy creyeran que bastaba adoptar las ideas totalitarias del vencedor para eludir las consecuencias de la derrota y que pretendieran lograr el apoyo de Italia y España en tal empresa. Estimaba que la revolución nacional francesa se encontraba ante un gran obstáculo por la necesidad de conjugar la exaltación patriótica con la aceptación de la victoria alemana, lo que venía a representar «un fascismo de derrota». Esperaba sin embargo un propósito de

---

<sup>57</sup> Esta cuestión ha sido detenidamente analizada, basándose en documentación francesa, por SEGUÉLA, M. (1992), págs. 253-292. Hay documentación relativa a las gestiones de Lequerica al respecto en: MAE, Madrid, R 1102/36. Sobre la suerte de los refugiados cf. PIKE, D. W. (1969), STEIN, L. (1979), FABREGUET, M. (1986) y SORIANO, A. (1989).

<sup>58</sup> Cf. AVILÉS FARRÉ, J. (1989 b).

<sup>59</sup> MAE, Madrid, R 2295/4, Lequerica 2/7/1940 y 10/7/1940. El embajador infravaloraba la aportación francesa al pensamiento fascista: cf. STERNHELL, Z. (1978 y 1983) y MILZA, P. (1987).

moderación en la victoria, «digno del genio de Hitler y Mussolini», que hiciera posible la comunidad espiritual de los distintos pueblos europeos, a lo cual podría contribuir un gobierno francés como el de Pétain, pero no uno impuesto por los alemanes. En cuanto a la idea, alentada por algunos, de que España hubiera de colaborar en la defensa del catolicismo francés, supuestamente amenazado por Alemania, la rechazaba de plano. No perdonaba a católicos como Mauriac o Maritain su actitud durante la guerra española y en cambio, estaba dispuesto a destacar cualquier gesto de Hitler que pudiera considerarse favorable al catolicismo <sup>60</sup>.

La fundamental desconfianza del embajador español hacia los franceses se manifestó tras la destitución de Laval el 13 de diciembre de 1940. Fue el único diplomático extranjero con quien se puso en contacto el embajador alemán Otto Abetz cuando acudió este a Vichy, indignado por la medida que se había tomado contra el principal exponente de la colaboración, y aprovechó para ponerle en guardia contra una política como la realizada por los vencedores de 1815, que había permitido a Francia recuperar rápidamente su poderío, al tiempo que le mostraba la conveniencia de fortalecer a España como potencia de equilibrio. Este sería un argumento constante de Lequerica en sus contactos con los alemanes. Por ello, aunque considerara lamentable lo ocurrido desde un punto de vista francés, Lequerica estimó que la crisis del 13 de diciembre podría beneficiar a España, en la medida en que había abierto los ojos incluso a los alemanes más partidarios de la colaboración francesa <sup>61</sup>.

El 13 de febrero de 1941 Franco y Pétain se encontraron en Montpellier: fue la única vez que lo hicieron como jefes de Estado. El motivo del encuentro fue un tanto casual. Franco y Serrano Súñer habían viajado a Italia para encontrarse con Mussolini y habían preferido hacerlo por carretera, a través de territorio francés. En su entrevista con Mussolini, Franco sostuvo que Francia nunca colaboraría con el Eje, que era enemiga secular de España y de Alemania y que, junto a Inglaterra, era el país que más había contribuido a la decadencia española <sup>62</sup>. Pero en el viaje de regreso Franco y Serrano, por pura cortesía según explicaría más tarde el segundo, accedieron a tener un contacto «con el pobre Estado de Vichy». Según el ministro español, las conversaciones se centraron en «la conveniencia de no irritar a los alemanes y de evitar

<sup>60</sup> MAE, Madrid, R 2295/4, Lequerica 10/7/1940, 18/7/1940, 24/7/1940, 31/7/1940, 8/8/1940 y 2/9/1940.

<sup>61</sup> MAE, Madrid, R 2295/6, Lequerica 16/12/1940 y 18/12/1940.

<sup>62</sup> CIANO, G. (1949), pág. 336.

un nuevo desplazamiento hacia Occidente del centro de gravedad de la guerra»<sup>63</sup>. De ello parece deducirse que Pétain y Franco estaban de acuerdo en que España no debía intervenir en la guerra, pero sería exagerado suponer que se estaba gestando un entendimiento hispano-francés. El propio Serrano escribió más tarde que las conversaciones carecieron de interés, mientras que según las memorias de Piétri, también presente en Montpellier, no se trató de gran cosa, aunque Franco explicó que no entraría en guerra<sup>64</sup>. Lequerica escribió por entonces que «quienes soñaban en amistades latinas separadas» habían podido comprobar a raíz de aquello «que el camino de Madrid pasaba por Roma y Berlín»<sup>65</sup>.

Hitler, decepcionado al comprobar que España no entraría finalmente en guerra, comentó en aquellos días que lo lamentaba no sólo por la cuestión de Gibraltar, sino porque perdía una carta fundamental para poner fin a las vacilaciones de los franceses: la amenaza de premiar a España a su costa. Por otra parte los regímenes de Pétain y Franco le parecían al dictador nazi muy similares, pues consideraba que ambos estaban dominados por los reaccionarios y el clero<sup>66</sup>. De hecho esta observación no carecía de fundamento, aunque el propio Pétain sentía mayor interés por el ejemplo de Salazar que por el de Franco<sup>67</sup>. Respecto al régimen de Vichy, diferentes estudios han subrayado su carácter de «dictadura pluralista» (S. HOFFMANN), el hecho de que en torno a Pétain se agruparan partidarios del orden moral católico y del orden nacionalista pagano, del Estado federal y del Estado centralizado, de la economía comunitaria y del capitalismo, de la persuasión y de la coerción (R. O. PAXTON)<sup>68</sup>. Mientras que el régimen de Franco ha sido definido como autoritario, derechista y semipluralista (J. J. LINZ) y se ha destacado que en su etapa inicial podía ser considerado semifascista y presentaba bastantes coincidencias con el de Mussolini, que a su vez no estaba exento de una componente conservador (S. PAYNE). Se puede afirmar pues que tanto Pétain como Franco presidían regímenes en que las nuevas influencias fascistas se combinaban con las de la derecha tradicional, lo que implicaba una síntesis entre «el antiliberalismo esencialmente

---

<sup>63</sup> SERRANO SUÑER, R. (1947), págs. 265-267. Estas palabras de Serrano calcan las escritas años antes por MAURRAS, CH. (1943), pág. 205. Cf. SEGUÉLA, M. (1992), págs. 147-160.

<sup>64</sup> PIÉTRI, F. (1954), págs. 55-56.

<sup>65</sup> MAE, Madrid, R 2295/6, Lequerica 12/3/1941.

<sup>66</sup> Citado por TUSELL, J. Y GARCIA QUEIPO DE LLANO, G. (1985), pág. 122; HILLGRUBER, A. (1969).

<sup>67</sup> FERRO, M. (1987), págs. 215-217.

<sup>68</sup> Cf. PAXTON, R. O. (1973), págs. 137-224; MILZA, P. (1987), págs. 221-275; AZÉMA, J.P. y BÉDARIDA, F. (1992), págs. 23-44.

conservador heredado del siglo XIX y el antiliberalismo sedicente revolucionario del siglo XX» (C. SERRANO) <sup>69</sup>.

La similitud entre ambos regímenes no suponía que forzosamente hubieran de entenderse. Durante el período en que Franco pensó en participar en la guerra, lo que más le interesó respecto a Francia fue, como hemos visto, arrebatarle territorios en Africa. Pero cuando descartó esa posibilidad, es decir a comienzos de 1941, cupo la posibilidad real de que Pétain y él cooperaran para hacer frente a las presiones de Hitler. Tal era el sentido de política de unión latina. En sus memorias de 1977, Serrano Súñer presenta la versión de que él buscaba «una especial aproximación a Italia y, a ser posible, a la Francia que pudiera salvarse a través de Vichy», porque constituía «la única esperanza de que pudiera templarse o moderarse aquel temido exceso de victoria alemana» <sup>70</sup>. No hay sin embargo en la documentación datos que permitan probar tal aserto. Es más, recientemente se ha dado la curiosa paradoja de que un libro de Matthieu Séguela, que en su título promete revelar los secretos de la alianza entre Franco y Pétain, demuestre en realidad que no hubo tal alianza y que la unión latina fue imposible, aunque la actitud oficial española respecto a Francia mejoró desde 1941 <sup>71</sup>.

Particularmente favorable a un acercamiento a Francia se mostró el general Juan Vigón, muy hostil a Serrano Súñer, mientras que el embajador Lequerica, que procedía de la derecha conservadora pero se había convertido en un entusiasta del fascismo, veía con disgusto todo lo referente a la unión latina. En mayo de 1941 Lequerica desmintió ante dos diplomáticos alemanes la supuesta amistad latina y cristiana entre España y Francia, insistió una vez más en las reivindicaciones españoles sobre Marruecos y Orán y argumentó incluso que si las modificaciones territoriales creaban una moderada tensión franco-española y franco-italiana, ello no sería desventajoso para la dirección germánica de la futura Euro-Africa. Comparando la situación del momento con la del siglo XVI, glorioso para España, Lequerica veía en Hitler a un nuevo Felipe II y en Pétain a una nueva Catalina de Medici, lo que equivalía a contraponer la rectitud española y alemana a la doblez francesa <sup>72</sup>.

Por parte del mariscal el último intento de potenciar la solidaridad entre los dos países fue el viaje a España que en febrero de 1942 hizo a Madrid su propia esposa, acompañada por Henri Du Moulin de Labarthète, que

<sup>69</sup> Cf. PAYNE, S. (1987), págs. 651-664; TUSELL, J. (1988), págs. 19-106 y 161-167; MOLINERO, C. e YSAS, P. (1992), págs. 25-36; AZEMA, J.P. y BEDARIDA, F. (1992), pág. 672.

<sup>70</sup> SERRANO SÚÑER, R. (1977), pág. 288.

<sup>71</sup> SÉGUÉLA, M. (1992), págs. 225-252.

<sup>72</sup> MAE, Madrid, R 2295/7, Lequerica 29/5/1941 y 13/8/1941.

era el jefe de su gabinete civil y pasaba por enemigo de los colaboracionistas. El resultado político de la visita fue sin embargo nulo. Lequerica comentó que el intento de unión latina respondía al deseo de Vichy de reforzar su influencia de cara a una eventual mediación entre los contendientes y que España debía oponerse a que se redujera el significado de su revolución nacional, «precursora de la gran guerra revolucionaria actual dirigida por los países del Eje», a los modestos límites del Portugal salazarista y de la Francia de Vichy, para que actuara como honorable segundona de esta... y la ayudara a conservar su imperio africano <sup>73</sup>.

La orientación pronazi del embajador español se tradujo en la simpatía con que acogió la política antisemita de Vichy <sup>74</sup>. Es más, le preocupaba la desfavorable actitud al respecto de ciertos medios vaticanos, que atribuía al empeño de no desagradar a Norteamérica y a la hostilidad hacia Alemania, el país iniciador de «las reacciones frente al peligro semita» <sup>75</sup>. Sin embargo la actitud del régimen de Franco al respecto era ambigua, pues a pesar de que la retórica antisemita no estaba ausente de los discursos oficiales, de hecho se concedieron visados de tránsito gracias a los cuales algunos judíos pudieron abandonar Francia y se protegió especialmente a los sefarditas, a los que Primo de Rivera había concedido la nacionalidad española. Tampoco fue unánime la actitud de los diplomáticos españoles: el consul general en París, Bernardo Rolland, actuó con dedicación en la defensa de los sefarditas, mientras que Lequerica fue mucho más reticente <sup>76</sup>. En marzo de 1942 el embajador informaba a Madrid que, de acuerdo con las instrucciones recibidas, se ocupaba de defender los derechos de los sefarditas súbditos de España, pero procuraba no olvidar por ello «los principios fundamentales de la Revolución española» ni «la internacionalidad del problema semita» <sup>77</sup>.

La vuelta al ministerio de Asuntos Exteriores de Jordana, que sustituyó a Serrano en septiembre de 1942, fue muy bien acogida en los medios de Vichy menos favorables al colaboracionismo, que la consideraron anunciadora de un viraje de España hacia el neutralismo. Lequerica rechazó sin

---

<sup>73</sup> MAE, Madrid, R 2295/8, Lequerica 9/2/1942.

<sup>74</sup> Cf. MARRUS, M.R. y PAXTON, R. O. (1981) y WEBSTER, P. (1990).

<sup>75</sup> MAE, Madrid R 2295/7, Lequerica 17/5/1941 y 15/9/1941. Los informes de Lequerica conservados en el Ministerio de Asuntos Exteriores no dejan lugar a duda acerca de su antisemitismo, aunque la autora de una mediocre biografía del embajador haya tratado de ocultarlo: CAVA MESA, M.J. (1989), págs. 189-193.

<sup>76</sup> Cf. AVNI, H. (1974), págs. 77-87, 157-158 y 173-180; y MARQUINA, A. y OSPINA, G. I. (1987), págs. 145-156 y 164-197.

<sup>77</sup> MAE, Madrid R 2295/8, Lequerica 16/3/1942.

embargo esta interpretación, que se debilitó al comprobar el tono que mantenía la prensa española <sup>78</sup>. El propio Jordana le explicó al embajador Piétri que la orientación exterior española no iba a cambiar y que él sería el ejecutor dócil de la política de Franco. Le prometió que frenaría los ataques de la prensa española a Francia, que venían siendo continuos a causa de las reivindicaciones africanas, pero tardó en conseguirlo <sup>79</sup>. Esas campañas antifrancesas de la prensa española, como las de la italiana, le parecían inoportunas al embajador alemán Abetz, porque dificultaban la acción de los gobiernos colaboracionistas de Vichy. Para Lequerica esto era una prueba más de como la política de colaboración con Francia que defendía Abetz, con el apoyo de su ministro Ribbentrop, se interponía frente a las aspiraciones españolas <sup>80</sup>.

Poco después la posición de ambos países quedó radicalmente modificada por el desembarco aliado en el Africa del Norte francesa, que tuvo lugar el 8 de noviembre de 1942. España no sólo vió disiparse del todo sus sueños marroquíes, sino que quedó expuesta a una creciente presión aliada, mientras que para el régimen de Vichy el paso de las tropas africanas a la disidencia, el sabotaje de la flota por los propios marinos y la ocupación de la zona libre por los alemanes, supusieron la desaparición de todas las bazas que hasta entonces le habían consentido al menos una apariencia de autonomía. Desde ese momento las relaciones entre Madrid y Vichy perdieron toda importancia y el papel de Lequerica quedó reducido a poco más que el de simple testigo de la agonía de un régimen <sup>81</sup>.

La presión aliada contribuyó a que el régimen de Franco, aunque mantuvo a su embajador en Vichy, estableciera relaciones oficiosas con el Alto Comisariado francés de Africa del Norte, que desde Argel había reemprendido la guerra con Alemania. La urgencia de que así se hiciera le fue planteada a Jordana por el embajador de Estados Unidos Carlton Hayes el 14 de enero de 1943 <sup>82</sup>. Por entonces ya funcionaba en la propia embajada de los Estados Unidos en Madrid una misión francesa de enlace, encabezada por el antiguo agregado aéreo de la embajada francesa, teniente coronel Malaise, que tras haber abandonado en noviembre su puesto regresó para actuar como agente de la Francia libre en la capital española, lo que dió lugar a protestas diplomáticas por parte de la embajada de

<sup>78</sup> MAE, Madrid, R 2295, Lequerica 9/9/1942.

<sup>79</sup> PIÉTRI, F. (1954), pág. 65.

<sup>80</sup> MAE, Madrid, R 2295/9, Lequerica 2/11/1942.

<sup>81</sup> Cf. AVILÉS FARRÉ, J. (1989 c).

<sup>82</sup> HAYES, C. (1946), págs. 135-143.

Vichy y de la embajada alemana <sup>83</sup>. Esta última argumentó que Malaise estaba organizando el paso a África desde España de militares y civiles franceses, cuyo propósito era incorporarse a las fuerzas hostiles al Eje.

A finales de febrero el consul general de Francia en Tetuán, Clarac, planteó al subsecretario español de Asuntos Exteriores, Pan de Soraluce, las propuestas del general Giraud, que encabezaba las fuerzas francesas de África. Solicitó el reconocimiento oficioso de los pasaportes librados por el Alto Comisariado, el establecimiento de relaciones comerciales y el reconocimiento, si no de derecho al menos de hecho, de inmunidad diplomática para sus agentes oficiosos. A cambio el Alto Comisariado ofreció mantener su representación oficiosa a un nivel de máxima discreción, continuar la línea de conducta amistosa que había manifestado al negarse a la constitución de una Legión española republicana y al enviar a México a refugiados rojos, y mostrarse favorable a los intereses comerciales españoles <sup>84</sup>. Estos últimos se centraban en las exportaciones de fosfatos marroquíes, fundamentales para la agricultura española <sup>85</sup>.

Sobre tales bases Madrid pudo establecer contacto con Argel sin romper relaciones con Vichy, circunstancia que Franco aprovechó para hacer saber en mayo a Giraud que España deseaba rectificaciones fronterizas en Marruecos, dando con ello una prueba del optimismo con que seguía viendo su posición internacional <sup>86</sup>. Como representante en Argel, con el cargo de consul general, el gobierno español envió en el verano de 1943 a José Antonio Sangróniz, un diplomático de orientación moderada que en los primeros tiempos de la guerra civil había sido jefe del Gabinete Diplomático de Franco. Sangróniz logró pronto establecer relaciones amistosas con las autoridades de Argel, incluidos los generales Giraud y De Gaulle, copresidentes del recién creado Comité Francés de Liberación Nacional, cuyas respectivas significaciones políticas no tardó en captar. De Gaulle era por su origen y formación un hombre de derechas, pero desde su huída a Londres en junio de 1940 se veía rodeado de «comunistas, judíos y gente de izquierda», mientras que Giraud estaba rodeado de «colaboracionistas desilusionados», lo que permitía a los gaullistas cuestionar la pureza de sus sentimientos antialemanes. Observaba

---

<sup>83</sup> MAE, Madrid, R 2167/140, Ambassade de France 5/1/1942 (*sic* por 1943); R 2183/3, *Deutsche Botschaft* 27/2/1943.

<sup>84</sup> MAE, Madrid, R 1775/15, nota de 27/2/1943.

<sup>85</sup> Cf. SÉGUÉLA, M. (1992), págs. 296-297.

<sup>86</sup> Ministère des Affaires étrangères, Paris, CFLN-Espagne 1275, Sangróniz 27/5/1943, cit. por SÉGUÉLA, M. (1992), pág. 298.

Sangróniz que habían sido las izquierdas francesas las que habían adoptado una posición de gallardía nacionalista, que posiblemente fuera a resultar además clarividente <sup>87</sup>. No parece pues que el diplomático español se llamara a engaño sobre la marcha de la guerra ni sobre la futura orientación de Francia.

Un problema que desde finales de 1942 se le planteó al régimen de Franco fue el de la entrada en España de fugitivos de la Europa ocupada, que cruzaban clandestinamente los Pirineos, incluidos bastantes franceses en edad militar. Muchos de ellos fueron internados en diversas cárceles y reagrupados luego en un campo de concentración, pero sólo en rarísimos casos fueron entregados a la Gestapo o a la milicia de Vichy. Por el contrario, la presión norteamericana condujo a que en su mayoría pudieran pasar a Portugal o incluso, a partir de octubre, a Africa del norte. El embajador Hayes afirmó en sus memorias que un total de dieciséis mil franceses pasó durante 1943 de España a Africa para incorporarse a las fuerzas aliadas, gracias a la actitud favorable del ministro Jordana <sup>88</sup>.

En octubre de 1943 el Consejo Francés de Liberación Nacional envió como representante a Madrid a Jacques Truelle. Por su parte el régimen de Vichy siguió representado por el embajador Piétri, que había sido abandonado por gran parte del personal diplomático, trataba de evitar los enfrentamientos en el seno de la colonia francesa y mostraba una escasa energía frente a los partidarios de Argel, lo que irritaba a Pétain y Laval <sup>89</sup>. Por su parte Lequerica sentía cada vez menos admiración por ambos dirigentes del Estado francés. Siempre amigo de las comparaciones históricas, observó que Pétain había quedado anulado, era un «Luis XVI después de Varennes», mientras que Laval no mostraba suficiente energía en la represión, era un «Enrique IV sin penacho aun cuando también precedido de varias conversiones». Sólo los elementos más colaboracionistas con Alemania recibían la plena aprobación del embajador español <sup>90</sup>.

El desembarco aliado en Normandía y el fin del régimen de Vichy marcaron en el verano de 1944 el fin de una etapa en las relaciones hispano-francesas. Lequerica dejó su puesto de embajador para convertirse, el 11 de agosto, en ministro de Asuntos exteriores, a pesar de que sus simpatías por el Eje eran sobradamente conocidas en medios aliados. El 24

<sup>87</sup> MAE, Madrid, R 2193/19, Sangróniz 31/8/1943.

<sup>88</sup> HAYES, C. (1946), págs. 143-155 y 225. Cf. SÉQUELA, M. (1992), págs. 296-298.

<sup>89</sup> PIÉTRI, F. (1954), págs. 66-70. MAE, Madrid R 1179/1, Lequerica 22/4/1943.

<sup>90</sup> MAE, Madrid, R 1179/2, Lequerica 16/3/1944; R 1179/1, 7/10/1943.

de agosto, desaparecido ya el régimen de Vichy, Piétri dio por terminada su misión y entregó la embajada a Truelle, aunque permaneció en España, donde se refugiaron algunos miles de responsables de Vichy. Entre ellos Pierre Laval, que llegó a Barcelona en mayo de 1945. El viejo hombre fuerte de Vichy, cuya extradición reclamaban las nuevas autoridades francesas, resultaba sin embargo un huésped embarazoso y no encontró la acogida que quizá esperaba. Dejó España en agosto de 1945 y, tras un apresurado juicio, fue fusilado en París dos meses después <sup>91</sup>.

Ese fue el cruel epílogo de las relaciones entre los regímenes de Franco y Pétain.

## FUENTES

- DDF: *Documents diplomatiques français, 1932-1939*. Vols. XV a XIX. Imprimerie Nationale, París.
- DIHGF: *Documentos inéditos para la historia del Generalísimo Franco*. Vol. II-1. Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid 1992.
- MAE: Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid.

## BIBLIOGRAFÍA

- AVILÉS FARRÉ, Juan (1989 A): «Lequerica, embajador franquista en París». *Historia* 16, 160, págs. 12-19.
- AVILÉS FARRÉ, J. (1989 B): «Vichy y Madrid: las relaciones hispano-francesas de junio de 1940 a noviembre de 1942». *Espacio, tiempo y forma*, V, 2, págs. 227-239.
- AVILÉS FARRÉ, Juan (1989 C): «El ocaso de un régimen. La política de Vichy en los informes del embajador español (1942-1944)». En AA. VV.: *Haciendo historia: homenaje al profesor Carlos Seco*. Madrid 1989, págs. 581-588.
- AVILÉS FARRÉ, J. (1994): *Pasión y farsa: franceses y británicos ante la guerra civil española*. Eudema, Madrid, 229 págs.
- AVNI, Haim (1982): *España, Franco y los judíos*. Altalena, Madrid, 265 págs.
- AZEMA J. P. y BÉDARIDA, F., eds. (1992): *Le régime de Vichy et les français*, Fayard, París, 788 págs.
- CAVA MESA, María Jesús (1989): *Los diplomáticos de Franco: J. F. de Lequerica, temple y tenacidad (1890-1936)*. Universidad de Deusto, Bilbao, 363 págs.
- CIANO, Galeazzo (1946): *Diario*, José Janés Americana, Montevideo y Caracas, 642 págs.
- CIANO, G. (1949): *Europa hacia la catástrofe*. Los Libros de Nuestro Tiempo, Barcelona, 390 págs.
- EGIDO, A. (1994): «La imagen de Francia en la España republicana». *Cuadernos Republicanos*, 19, págs. 19-44.
- FABRÉGUET, Michel (1986): «Un groupe de réfugiés politiques: les républicains espagnols des camps d'internement français aux camps de concentration nationaux-socialistes (1939 - 1941)». *Revue d'histoire de la Deuxième Guerre Mondiale et des conflits contemporains*, 144, págs. 19-38.
- FERRO, Marc (1987): *Pétain*. Fayard, París, 789 págs.
- FRANCO BAHAMONDE, Francisco (1939): *Palabras del Caudillo: 19 abril 1937 - 31 diciembre 1938*. Ediciones Fe, Barcelona.
- FRANCO BAHAMONDE, Francisco (1940): *Mensaje a todos los españoles pronunciado por el*

---

<sup>91</sup> SÉGUÉLA, M. (1992), págs. 302-303.

- Caudillo en Madrid la noche del 31 de diciembre de 1939 (año de la victoria)*. Nueva Imprenta Radio, Madrid. 45 págs.
- HAYES, Carlton H. (1946): *Misión de guerra en España*. EPESA, Madrid, 397 págs.
- HILLGRUBER, A. (1969): *Les entretiens secrets de Hitler (septembre 1939-décembre 1941)* Fayard, Paris.
- LAVISSE-TOUZE, Christine (1994): «L'Afrique du nord pendant la Seconde Guerre Mondiale», *Relations Internationales*, 77.
- LOTTMAN, H. (1984): *Pétain*. Seuil, Paris, 727 págs.
- MARQUINA, Antonio y OSPINA, Gloria Inés (1987): *España y los judíos en el siglo XX. La acción exterior*. Espasa Calpe, Madrid.
- MARRUS, M. R. y PAXTON, R. O. (1981): *Vichy et les juifs*. Calmann-Lévy, Paris.
- MARTÍNEZ PARRILLA, Jaime (1987): *Las Fuerzas Armadas francesas ante la Guerra civil española (1936-1939)*. Ediciones Ejército, Madrid, 398 págs.
- MAURRAS, Charles (1943): *Vers l'Espagne de Franco*. Editions du Livre Moderne, Paris, 228 págs.
- MILZA, Pierre (1987): *Fascisme français: passé et présent*. Flammarion, Paris, 466 págs.
- MOLINERO, Carme e YSAS, Pere (1992): *El règim franquista: feixisme, modernització i consens*. Eumo, Vic, 123 págs.
- PAXTON, Robert O. (1973): *La France de Vichy, 1940-1944*. Seuil, Paris, 375 págs.
- PAYNE, Stanley (1987): *El régimen de Franco, 1936-1975*. Alianza Editorial, Madrid, 682 págs.
- PIÉTRI, François (1954): *Mes années d'Espagne (1940-1948)*. Plon, Paris, 295 págs.
- PIKE, David Wingeate (1969): *Vae Victis: los republicanos refugiados en Francia, 1939-1944*. Ruedo Ibérico, Paris, 139 págs.
- PRESTON, Paul (1993): *Franco: a biography*, Harper Collins, Londres, 1002 págs.
- RUBIO, J. (1977): *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*. San Martín, Madrid, 3 vols.
- SÉGUÉLA, Matthieu (1992): *Pétain-Franco: les secrets d'une alliance*, Albin Michel, Paris, 353, págs. Hay trad. esp.
- SERRANO SUÑER, Ramón (1947): *Entre Hendaya y Gibraltar (noticia y reflexión frente a una leyenda, sobre nuestra política en dos guerras)*. Ediciones y Publicaciones Españolas, Madrid, 405 págs.
- SERRANO SUÑER, R. (1977): *Entre el silencio y la propaganda, la historia como fue: memorias*, Planeta, Barcelona, 559 págs.
- SORIANO, Antonio (1989): *Éxodos: historia oral del exilio republicano en Francia, 1939-1945*. Crítica, Barcelona, 251 págs.
- STEIN, Louis (1979): *Beyond Death and Exile. The Spanish Republicans in France, 1939- 1945*. Harvard University Press, Cambridge Mass., 306 págs. Hay trad. esp.
- STERNHELL, Zeev (1978): *La droite révolutionnaire: les origines françaises du fascisme, 1885-1914*. Seuil, Paris, 444 págs.
- STERNHELL, Zeev (1983): *Ni droite ni gauche. l'idéologie fasciste en France*. Paris. Seuil, 414 págs.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis (1984): *Francisco Franco y su tiempo*. Vol. III. Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 591 págs.
- TUSELL, Javier (1988): *La dictadura de Franco*. Alianza Editorial, Madrid.
- TUSELL, J., y GARCÍA QUEIPO DE LLANO, G. (1985): *Franco y Mussolini. La política española durante la II Guerra mundial*. Planeta, Barcelona, 300 págs.
- VÁZQUEZ SANS, J. (1939): *España y Francia: meditaciones de actualidad*, Talleres Tipográficos de A. Ortega, Barcelona, 191 págs.
- WEBSTER, Paul (1990): *Pétain's crime: the full story of the French collaboration in the Holocaust*. Macmillan, Londres, 225 págs.